

Dirección espiritual y

Bartolomé Meliá, S. J.

DE la naturaleza misma de la dirección espiritual provienen ciertas limitaciones esenciales que no pueden ser ignoradas ni por los directores ni por los dirigidos.

“La dirección espiritual es una pastoral individual, metódica y regular

dentro y en vista de la perfección cristiana” (1). Así la dirección espiritual tiene su razón de ser en la individualidad humana, en la vocación personal y en que esta vocación ha de ser muchas veces descifrada... En el camino de la vida espiritual el hombre se encuentra a menudo perplejo; el horizonte está cerrado; sus preguntas no encuentran respuesta. Falta un guía, falta una luz, una voz.

Aparece entonces el director espiritual, buscado con ahinco, acogido como un ángel de Dios. Y sin embargo el camino —camino de desierto, camino de calvario— no está todavía recorrido.

Por desgracia, el director espiritual, este acompañante normalmente necesario en la actual economía de la perfección cristiana, puede representar un obstáculo en la ruta, una diversión paralizante, si director y dirigido no conservan una idea clara de su papel.

Aquí no enumeraremos todos los peligros de la dirección espiritual; sólo nos ceñiremos a uno de ellos, el peligro de renuncia de la propia responsabilidad por parte del dirigido, unida no raras veces a una dictadura espiritual por parte del director.

Con estas notas no queremos discutir ni la eficacia ni la necesidad de la dirección espiritual; al contrario, estas voces de alerta van dirigidas a salvaguardar la eficacia de la buena dirección espiritual, a

R
E
S
P
O
N
S
A
B
I
L
I
D
A
D



confirmar la necesidad de una verdadera dirección (2). Tampoco, no hace falta decirlo, pretendemos eliminar lo que la dirección espiritual tiene de magisterio, de promoción espiritual del dirigido por los caminos evangélicos de perfección. Ni nos detendremos esta vez a señalar cuánto hay de bienhechor, para la unión del dirigido con Cristo, en la humildad de sumisión, bien que no obediencia estrictamente dicha, al director. Ni explanaremos el provechoso estudio que el director y el dirigido han de llevar a cabo de las posibilidades y de los aspectos deficientes de éste, para realizar, con el mayor provecho y mínimas desventajas, peligros o caídas, la bienhechora pero difícil y penosa transformación del hombre viejo en el nuevo de que nos habla San Pablo siguiendo al Salvador. Ni del esfuerzo y sostén que toda alma, aun la heroica, necesita, en momentos cruciales o en la más crucial monotonía de días oscuros, grises o de retrocesos, paradas, uniformidad. Sólo nos fijamos en uno de los aspectos.

Uno solo es el Maestro, Dios

Uno sólo es el Maestro en la vida espiritual, Dios, su Espíritu. Una voz es la definitiva, la voz del Maestro.

(1) JOSEPH STIERLI, *L'art de la direction spirituelle*. Christus, 1960, p. 23. Los diversos artículos de este número de «Christus», dedicado todo él a la dirección espiritual, han influido notablemente en la redacción de estas notas.

(2) Las ideas que vamos a desarrollar son, tácita o explícitamente, doctrina común de los maestros de la vida espiritual, conscientes de los límites y degeneraciones posibles de la dirección espiritual. Cfr. CESAR VACA O. S. A., *Guía de almas*, Barcelona 1947, p. 109 ss.; EUSEBIO HERNANDEZ GARCIA S. I., *Guiones para un cursillo práctico de dirección espiritual*, 1954, p. 232 ss.; RAUL PLUS S. I., *La dirección espiritual según los maestros espirituales*, Barcelona 1943, p. 41 ss.; Dictionnaire de Spiritualité, Tome III, Paris 1957, art. *Direction spirituelle*. V *Justification théologique*. 4-Mission du directeur, col. 1183ss.; J. DE GUIBERT, *Theologia Spiritualis Ascetica et Mystica*, Roma 1952, p. 188-89; Id., *Lecciones de Teología Espiritual*, Madrid 1953, (sobre todo pp. 382 y 395-96).

Si el director cree que la vida de la gracia viene realmente de lo alto, que la vocación es una llamada de Dios, su actitud delante de la expresión balbuceante a veces, confusa, contradictoria incluso, de su dirigido, será una actitud de respeto y de atención. La dirección lleva en sí misma una responsabilidad inmensa; confiado en su ministerio, el sacerdote tiembla, sin embargo, ante la posibilidad de suplantarlo con su voz la voz de Dios. El director debe estar atento a la voz de Dios en su dirigido. Esta voz se manifiesta en la realidad psicológica del dirigido, en sus condiciones históricas concretas, pero de una manera privilegiada esta voz se dejará oír en el silencio de la oración. El director debe escuchar la voz de Dios en la oración de su dirigido.

Preparar los caminos del Señor

Según esto, el director no es un intermediario entre Dios y el hombre (3). El director no es, como lo es un superior que tiene una potestad dominativa legítima sobre sus súbditos, la voz de Dios. En la dirección espiritual, ambos, director y dirigido, son los discípulos de la Palabra divina. Pero, como esta Palabra puede ser mal interpretada, motivo de confusión y de ilusión, el director está aquí para "discernir", según la expresión de S. Ignacio, cuáles son los espíritus que agitan y mueven a su dirigido. Le ayuda en esta labor su mayor experiencia, ciertos conocimientos técnicos, normas generales de ascética, de psicología. Le ayudará, sobre todo, el contacto con Dios y el pedir humildemente en su propia oración el don de consejo, un don de consejo, no abstracto, sino aplicado "aquí y ahora" a este caso concreto, a la situación de su dirigido. Con esto se ve de cuánta humildad es el cargo de director espiritual. Ha de haber en el director una cierta "objetividad" sobrenatural, que

(3) J. CASANOVAS, *Comentario y Explicación de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio de Loyola*. Tomo I, Barcelona 1945, p. 215.

no quiere decir falta de afecto o desinterés hacia su dirigido, pero que supone una serenidad normativa, un punto de referencia firme. El director no ha de sujetarse a sus puntos de vista personales, sino que ha de aspirar a ser el testigo fiel, "desapasionado", en una lucha en la que la principal arma del enemigo es el "humo" de sus astucias, las "redes" de sus engaños, el "secreto" de sus persuasiones engañosas.

"Siendo otro, el director puede juzgar mejor el equívoco turbio de ciertas reacciones. Puede también con una palabra, con una objeción, con una llamada de atención, con una expresión de aliento, disipar una ilusión o confirmar una actitud de fe" (4).

Consciente de su misión, el director respeta a Dios y a su dirigido. El director sabe retirarse a tiempo. Su aspiración es la de llevar a su dirigido a una vida espiritual adulta, de sana libertad espiritual, de madurez, de profunda vida de fe.

Pedagogo, el director abre el camino hacia la verdad. El no es la verdad. Sobre todo, educa para una vida de cuyos actos él no puede, aunque quisiera, asumir la responsabilidad.

Será siempre un peligro del director que sienta realmente el valor de un alma, el quererla llevar, casi arrastrándola, por el camino de la perfección. A una excesiva pasividad del dirigido, puede corresponder entonces una excesiva actividad del director.

Conviene que él crezca y yo disminuya

Esto en el mejor de los casos. Porque a veces, el director demasiado "protector" manifiesta cuidados que no son sino el disfraz de un instinto de posesión mal dominado. Los "hijos espi-

Adviertan estos tales que guían las almas y consideren que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos, sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado de ellas y que ellos sólo son instrumentos para enderezarlas en la perfección por la fe y la ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando a cada una.

Y así, todo su cuidado sea no acomodarlas a su modo y condición propia de ellos, sino mirando si saben por donde Dios las lleva, y si no lo saben, déjenlas y nos las perturben.

Y tú de tal manera tiranizas las almas y de suerte les quitas la libertad y adjudicas para ti la anchura de la doctrina evangélica, que no sólo procuras que no te dejen, mas, lo que peor es, que si alguna vez sabes que alguna haya ido a tratar alguna cosa con otro —que por ventura no convendría tratarla contigo o la llevaría Dios para que las enseñase lo que tú no la enseñas—, te hayas con ella (que no lo digo sin vergüenza) con las contiendas de celos que tienen entre sí los casados, los cuales no son celos que tienen de la honra de Dios o provecho de aquel alma — pues no conviene que presumas que en faltarte de esta manera faltó a Dios— sino celos de tu soberbia y presunción o de otro imperfecto motivo tuyo.

San Juan de la Cruz, Llama de Amor Viva, canción 3.^a, verso 3.^o

(4) MAURICE GIULIANI S. I., *Note sur direction et oraison*. Christus 1960, p. 82.

rituales" son alimento de su vanidad y esta vanidad se convierte en despecho, cuando su dirigido, ansioso de una sana libertad, pretende deshacerse de una ilegítima tutela. El director que considera como "ingrato" al que se ha apartado de él ¿no manifiesta, a veces de manera inconsciente, su pensamiento de que la gracia pasaba necesariamente por él mismo? SAN JUAN DE LA CRUZ recuerda con palabras bastante duras a tales directores la primacía absoluta de la libertad evangélica (5).

Lo propio del director espiritual no es el imponer una norma de conducta ni puntos de vista personales. El justo medio, por lo demás, difícil de conseguir a menudo, está en exigir sin imponer, en controlar sin tiranizar, en estimular sin empujar. En una palabra, debe "ayudar". Estas normas que aquí sintetizamos en palabras que quisiéramos fueran portadoras de profundos matices, requerirán en la práctica un verdadero carisma sobrenatural; exigirán por parte del director una vida, y sobre todo, una vida de oración, no sólo un saber, para ser comprendidas y actualizadas.

Qué hacer para conseguir la vida eterna

Por desgracia, si existe el director dictador de conciencias, esto se debe muchas veces al "infantilismo" del dirigido que hace de la dirección espiritual una tentativa de huida ante el compromiso de la responsabilidad personal.

La humildad, el saludable temor a los subjetivismos espirituales, la abertura a la verdad "objetiva" que supone el director, no excusa al dirigido de tomar por sí mismo la orientación de sus decisiones, las grandes y las pequeñas.

Y ante todo, el dirigido ha de buscar en el director un complemento de

su oración. Lo cual supone que se hace oración. Si el director, decíamos, no debe suplantar la voz de Dios, el dirigido, no debe tampoco buscar inmediatamente la voz de Dios en la voz del hombre. Por olvido de este principio fundamental, la dirección espiritual se convierte en una simple confidencia o consulta psicológica de carácter más o menos religioso, pero en ningún caso, verdadera dirección espiritual.

Recurrir a la dirección espiritual cuando no hay oración ni pretende tenerse, es exponer la propia responsabilidad en aras de una comodidad espiritual alienadora del propio deber, que tendría que ser asumido libre y personalmente.

Si quieres ser perfecto

Conviene tener también en cuenta que la dirección espiritual toma su punto de arranque en la espontaneidad de la vida cristiana que no encuentra siempre la respuesta a su situación concreta en un código moral. La sola norma de lo prohibido y lo permitido no satisface sus ansias de perfección ni disipa las perplejidades que pueda encontrar en el camino hacia Dios, camino de exigencia amorosa, de consejos más que de preceptos. Dios ha querido que una parte importante de la vida de perfección sobrepase los límites de la obediencia servil para entrar en el campo de la obediencia filial, que sin olvidar nada de aquélla le da un cumplimiento amoroso. Para esto el alma se abre al diálogo con Dios, atenta a la voz del Padre. Más allá de la aplicación de las normas teóricas de la ciencia moral, se abre el campo de la "prudencia" cristiana que busca su dirección en Dios mismo (6).

(5) LLAMA DE AMOR VIVA. Canción III, verso 3.º (Vida y Obras de S. JUAN DE LA CRUZ. BAC, Madrid 1950, p. 1245).

(6) STO. TOMAS, *Summa Theologica* 2-2, q. 52, a. 1, ad 1.

Ven, sígueme

El hombre no puede renunciar a la responsabilidad —y al riesgo— de sus acciones particulares, siempre más o menos originales, para encerrarse en la seguridad corta y pusilánime de una obediencia formal a la letra de la ley o a la voz imperativa del director espiritual. La ignorancia, la falta de compromiso, el temor a tomar la responsabilidad de nuestros actos, más que espíritu de infancia puede ser pereza, descuido, deseo de una tranquilidad espiritual mal entendida.

La falta de iniciativa espiritual —iniciativa que encuentra su motor en la voz de Dios— puede ser tan culpable como la desobediencia. El ideal sería que todo cristiano pudiera consultar a Dios con cierta garantía de saber discernir su voz. Y no que se acuda al director de buenas a primeras, esperando

que éste la sustituya. El mayor reproche que se puede hacer a la dirección espiritual es el de que engendra seres pasivos, disminuidos, sin amplitud de miras, sin iniciativa, sin conciencia de sus responsabilidades propias delante de los grandes problemas de la existencia, que esperan siempre que se les mande y que se les diga lo que hay que pensar y lo que hay que hacer.

El descrédito de la dirección espiritual en ciertos sectores, se debe a que ven en ella un refugio para almas débiles. En un tal juicio puede haber mucho de orgullosa presunción, pero también un fundamento sacado de la realidad de directores “dominantes”, y dirigidos “infantiles”. Unos y otros han olvidado la esencia misma de la dirección espiritual, que lejos de irresponsabilizarnos, nos lleva a encontrar la voluntad de Dios y asumirla responsable y libremente.

